

Vivir el socialismo de Europa del Este. Una meditación cubana

Ricardo J. Machado

Sociólogo e investigador.

En 1973 inicié un doctorado en Sociología en la Facultad de Economía de la Universidad Humboldt de Berlín. Esa materia estaba asignada a la Facultad porque el socialismo, en aquella época, desconfiaba de esa ciencia e institucionalmente la mantenía siempre bajo tutela. Terminé en julio de 1978. Dentro de lo posible —gracias al dominio del idioma y las particularidades de mi trabajo— penetré en profundidad en la sociedad alemana. Compartí con personas de diferentes estratos sociales, dentro y fuera de las cervecerías —sólida institución germana para la discusión e intercambio de ideas de todo tipo—; tuve acceso a la vida familiar de mucha gente; conocí y conversé con dirigentes políticos y científicos de varios niveles; fui a teatros y conciertos; analicé películas y novelas alemanas con mis amigos. Participé en discusiones con profesores y alumnos sobre problemas derivados de los temas de asignaturas como Sociología general, Metodología de las ciencias y Economía política del socialismo, entre otras. En el edificio donde vivía —habitado en su mayoría por gentes que hacían su doctorado— conocí y traté durante esos cuatro años a norteamericanos, japoneses, finlandeses, italianos,

checos, argelinos, rusos, vietnamitas, polacos, colombianos, peruanos y de otras nacionalidades, atraídos por la calidad y prestigio del sistema educativo del país. Uno de los temas de conversación era, con frecuencia, la crítica a la sociedad alemana; actitud superficial, casi inevitable entre los extranjeros que viven de manera prolongada dentro de otra cultura y otras costumbres que a derechas no entienden. Estos recuerdos, portadores de intercambios de muy diferente naturaleza, al cabo del tiempo asumen otras aristas que entonces no percibía. Eran los años de la Guerra fría, la confrontación entre el Oeste y el Este y el drama del genocidio norteamericano en Viet Nam. Esta masa diferenciada, contradictoria y compleja de vivencias representa el banco de datos a partir de los cuales escribo esto.

Después de mi regreso a Cuba, volví en varias ocasiones a Europa, la del este y la del oeste. Sea por razones académicas o de asuntos de trabajo, ello me permitió encontrarme —a veces muchos años después— con mis antiguos profesores, condiscípulos, amigos o simples conocidos. Eran ya profesionales hechos, y colocados en posiciones destacadas en el seno

de sus respectivas sociedades. Tenían criterios muy elaborados acerca de lo que estaba pasando dentro de sus propios países. Prácticamente todos se distanciaban de sus gobiernos. Empecé a darme cuenta de que el socialismo estaba mal de salud, y que su futuro estaba amenazado. He hecho, a partir de este conjunto de recuerdos, comentarios que, como de rebote, se relacionan con los eventos de la experiencia europea y como de rebote pudieran tener una resonancia para Cuba y también para la situación que ahora vive América Latina.

Crterios

La experiencia del socialismo europeo constituye un patrimonio común a todo intento de construir una sociedad poscapitalista

Sería un grave error desconocer o subestimar esa experiencia. Parece desconcertante la actitud de aquellos que, teniendo responsabilidades de cualquier tipo o nivel en Cuba, ignoran o no les interesa saber de ella. Es necesario estudiarla de manera sistemática, sin miedo, porque no es cierto que no tenga nada que ver con nosotros. Para probarlo, basta indagar la opinión de las decenas de miles de cubanos que conocimos, con cierto detalle, los errores que allí se cometieron. Es cierto que hay diferencias fundamentales, ya muy sabidas, como que el socialismo cubano es fruto de una revolución interna, no importada. Y que además —lo más importante— está directamente vinculado con la independencia y la dignidad de la nación, lo que no sucedía con ninguno de aquellos países. Pero también es verdad que la influencia del modelo socialista europeo se mantuvo en Cuba durante tres décadas, pues allí se formaron miles de jóvenes y allí, quisieran o no, conformaron sus modelos mentales.

No comparto el criterio expresado por algunos ilustres representantes de nuestra intelectualidad en el sentido de que la influencia soviética apenas dejó huellas en nuestra cultura. Si bien es parcialmente cierto, para la esfera de las artes plásticas y la literatura, por ejemplo, la manera de organizar el Estado, el diseño que se implantó durante años y las principales líneas del desarrollo económico también forman parte de la cultura y han influido con intensidad, e influyen todavía, en nuestra vida social. El CAME falleció junto con el desplome del sistema, pero subsiste como un fantasma en la mente de no pocos funcionarios y dirigentes, muchos de los cuales no están conscientes de esa influencia. La postura más racional ante ese legado no es negarlo o desconocerlo sino *superarlo*, en el sentido

que daba Marx al término; es decir integrarlo, asumiendo tanto lo positivo como lo negativo. Allí se alcanzaron muchas metas que no debemos desconocer; por eso pienso que una de las actitudes más negativas es sostener que aquello fue un fracaso total y que no hay casi nada que aprender. Ya quisiera nuestra burocracia —donde aparecen, junto a personas competentes y honestas, grupos de ignorantes carentes de ética— disponer de la precisión y profesionalismo de la administración de algunos países ex socialistas, como Alemania y Checoslovaquia, por mencionar solo dos. «Una nación puede y debe aprender de la otra», dejó escrito el autor de *El Capital* en su famoso prefacio.

El socialismo: entre la pubertad y la adolescencia

Lo esencial de esta segunda tesis es lo siguiente: el capitalismo surgió hacia el año 1300 —como ha demostrado consistentemente Jurgen Kuczynski¹— y necesitó varios siglos para convertirse en sistema. La conciencia de sí se fue logrando en el importantísimo plano teórico-conceptual mediante la contribución de un selecto grupo de pensadores ingleses y franceses, que las comunidades académicas de casi todos los países conocen bien. Sin embargo, la culminación de esa interpretación de su propia imagen se produce, en el plano esencial de la economía, en las obras de Adam Smith y David Ricardo, casi 500 años después de su surgimiento. Dispone, por tanto, de 700 años de experiencia sobre la dirección y control de los procesos sociales, económicos y políticos. Y ahí está el mundo miserable que nos ha dejado. Cuando comenzó, no se sabía lo que se estaba construyendo, al igual que sucede hoy con la sociedad socialista. La construcción de un nuevo sistema social tiene una larga etapa inicial donde predomina lo inconsciente sobre lo consciente. La sumatoria de la experiencia histórica del socialismo apenas alcanza los 70 años, por eso para caracterizar este sistema es inexacto decir que es joven; en realidad, es mucho menos; de ahí que, siguiendo la metáfora, proponemos situarlo en etapas inferiores de desarrollo: pubertad y adolescencia.

La aceptación de esta tesis es fundamental si aspiramos a una comprensión, de mayor calado, del sentido de los hechos aquí seleccionados. Muchos de ellos son hijos legítimos de la ingenuidad, las tonterías o la ignorancia; típicos de aquellas personas que transitan por períodos inferiores de desarrollo psicológico. Las incoherencias del comportamiento, las imprecisiones, las acciones sin sentido y opuestas a sus verdaderos intereses, la inseguridad, caracterizan no pocas de las actividades de la mayoría de las instituciones socialistas. Y creo que es natural que así sea. No estoy justificando

los hechos, simplemente intento explicarlos. Estas observaciones y las que siguen son el resultado una larga meditación sobre la naturaleza del sistema, apoyada en el análisis de un amplio fondo de información de numerosas investigaciones sociológicas concretas, tanto cubanas como producidas en los países ex socialistas.

El dilema de los años que vivimos se expresa en la ineptitud de un sistema, ya senil, que no puede ni pretende enfrentar los problemas globales de la humanidad, y otro, imberbe, que quiere, pero todavía no sabe. Necesita, históricamente, un poco más de tiempo para aprender a dominar con racionalidad los procesos sociales, realizar sus objetivos estratégicos y ponerlos en función de las necesidades de las mayorías. La clave del asunto está en la preparación cultural, profesional y ética de los grupos de la alta dirección. La complejidad de la sociedad socialista exige no solo tener amplitud y variedad de conocimientos pertinentes, sino también saber utilizarlos en la práctica y convertirlos en fuente de valor. Y esto empieza por arriba. Cuando el nivel superior falla, el sistema sucumbe. Hay demasiadas evidencias de que ese fue el principio del fin en el Este europeo: una oleada de incapaces se apoderó de las palancas de mando. En diferentes grados, según el país, manifestaban desprecio y subestimación al personal científico. No podían interpretar adecuadamente lo que pasaba en el mundo, ni en su propio país. Carecían de la energía intelectual y emocional para enfrentar los retos de la época. La esencia del drama fue la falta de conocimientos y la existencia de modelos mentales obsoletos en los cuadros superiores del Estado y el Partido. Fueron barridos por la historia, ocasionando un daño descomunal a los intereses y aspiraciones de los condenados de la tierra.

Una sociedad que padece un déficit de capacidad de interpretación de lo que sucede en su seno

A inicios de los años 80, comenzó a circular en los medios académicos de Berlín —entre lo serio y la broma— la idea de que la famosa tesis 11 de Marx sobre Feuerbach —los filósofos hasta ahora han interpretado al mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo— estaba ya agotada y carecía de sentido. La década dorada de la economía alemana —los años 70— se iba quedando atrás; aparecían pequeños síntomas, expresados en formas de problemas para los que no se veían soluciones de inmediato. De algún lugar surgió entonces la tesis de que era necesario elaborar herramientas teóricas a partir de la inversión de esa tesis: el mundo ha sido transformado, de lo que se trata es de interpretarlo.

Este punto de vista tiene varias lecturas. En primer lugar, está implícito el criterio de que existía una realidad socialista —el mundo ha sido transformado— y se había convertido en un sistema internacional compuesto por varios países. Es obvio que habría mucha tela por donde cortar en relación con esa idea; en realidad la transformación apenas empezaba. En segundo lugar, dicha formulación supone la hipótesis de que en la sociedad no existía una capacidad suficiente para interpretar satisfactoriamente las nuevas realidades, saber lo que estaba pasando y poder identificar sus causas. Aludiendo al juego de palabras utilizado por Ortega y Gasset para reflejar la crisis de la sociedad española de su época, los alemanes pudieran haber expresado también: «No sabemos en verdad lo que nos pasa, y eso es precisamente lo que nos pasa». Poner a debate esta tesis 11 de Marx, invertida, fue un acierto teórico. Solo que ya el proceso de descomposición se había iniciado y era cada día más difícil detenerlo en tanto no existía capacidad para entenderlo, especialmente por los niveles superiores del Estado y el Partido. Sin embargo, su valor reside en que colocó en primer plano el problema de la falta de acumulación de capital teórico en la incipiente etapa de construcción de una sociedad poscapitalista, un déficit de poder de abstracción que impedía penetrar en la esencia de los problemas y acceder a las causas más profundas de los desajustes y desequilibrios sociales y económicos que ya se percibían. Era una tragedia programada.

Hoy, con una hermenéutica más actualizada para el análisis de legado histórico-cultural que nos deja el socialismo europeo —insoslayable para una construcción más eficaz de la nueva sociedad— se pudiera formular la hipótesis de que la sociedad socialista, desde sus primeras etapas, por el peso de los factores intangibles, desencadena una espiral de complejidades, cuyo ritmo de desarrollo es superior, durante mucho tiempo, a la velocidad de despliegue del capital intelectual que necesita el sujeto histórico para interpretar a fondo la dinámica de todos los procesos económicos y sociales que se producen en el seno de la sociedad poscapitalista. De ahí que, en un número no despreciable, las decisiones con las que se intenta regular los procesos asumen un carácter errático y devienen una enrevesada mezcla de bondades y tonterías, muy al margen de la responsabilidad de las personas que las toman. No es posible, por otra parte, aislarse del impacto de las fuerzas irracionales y caóticas que predominan en el contexto internacional actual, en el que el enfrentamiento entre el altruismo ingenuo y el egoísmo inteligente parece ser uno de los signos más

representativos de la época, ya visible en el último período del siglo pasado.

Mucho antes: el origen de la tragedia

La República Democrática Alemana (RDA) de principios de los 70 iniciaba una etapa de expansión económica. Se habían convertido en la vitrina del socialismo europeo. La ayuda soviética era generosa. Por doquier se observaban las evidencias de vitalidad económica y social, especialmente en Berlín, la capital. Un poderoso sistema de transporte integrado por un metro, un tren urbano —que atravesaba la ciudad en todas direcciones—, tranvías y ómnibus, siempre puntuales, desalentaban el uso de los automóviles particulares, que los berlineses dejaban solo para los fines de semana, y no siempre. Los supermercados alemanes no tenían mucho que envidiar a los de los países capitalistas desarrollados. Los servicios de salud eran excelentes, al igual que el sistema educativo, que tenía renombre internacional. Los extranjeros, sobre todo los de los países del Sur, eran impactados por este socialismo de economía poderosa, que les hacía sentir que sí valía la pena luchar por un sistema como ese, donde por ninguna parte podían verse mendigos callejeros, como podían encontrarse en Madrid o París. En la revista norteamericana *American Economic Review* podían leerse artículos laudatorios sobre el desarrollo alemán del Este, que consideraban uno de los países con economías más equilibradas del mundo.

Otro rasgo significativo de esta sociedad era la guerra mediática que sostenían con Alemania occidental. La RDA fabricaba sus propios televisores, pero estaban diseñados para que no pudieran captar las señales de la «televisión enemiga». Apenas los ciudadanos del Este los adquirían, en solo unos minutos, los ajustaban para recibir los canales de Occidente, por lo que consideraban que el gobierno lo hacía solo para molestar. La confrontación entre ambos sistemas televisivos era diaria. Uno de los programas favoritos de los ciudadanos del Este era «El canal negro». Allí, un agudo comentarista nombrado Joseph von Schnitzel seleccionaba segmentos de la televisión occidental —drogas, desempleo y manifestaciones de jóvenes neofascistas— y los mostraba aderezados con sus irónicas observaciones. La televisión occidental contratataba aludiendo a la insuficiente oferta de entretenimiento, la calidad de la ropa, la mediocridad de la vida nocturna y las limitaciones de los viajes al exterior, este último punto especialmente sensible para los alemanes del Este. Conocí algunas familias que mostraban, nostálgicas, las fotos de sus padres y abuelos en su luna de miel en París o Roma, cosa que a ellos les

Vivir el socialismo de Europa del Este. Una meditación cubana

estaba negada. El viaje en tren de Berlín a París es algo así como ir de La Habana hasta un poco más allá de Santa Clara, y al alcance casi de cualquier bolsillo.

Ya entonces había surgido la red comercial paralela, en moneda dura. Al principio, solo vendían mercancías de países occidentales. Los desajustes y los impactos en la diferenciación social que este sistema trasmitía a la población todavía eran tolerables. La dirección del país estaba lejos de sospechar que ese mercado paralelo era un arma de doble filo, y que el menor desliz en su manejo podía convertirse en una bomba de tiempo, como efectivamente sucedió una década más tarde.

Por razones de trabajo visité en una ocasión una empresa de la rama electrónica. Fui acompañado por el profesor H. Berger —quien visitó Cuba, donde editamos su libro sobre metodología de la investigación. El director de la empresa había sido su alumno. Al saber que yo era cubano, nos dijo que en su fábrica existía un departamento que tenía una relación especial con Cuba y que no podíamos dejar de visitarlo. Producían —probablemente cientos en un minuto— unas pequeñas piezas de cobre, del tamaño de un pequeño peine para el cabello, que servían como aditamentos para computadoras. El director nos informó que ese cobre lo compraban en Cuba, que el precio de costo de cada una era un centavo a partir del precio al que se lo vendía Cuba. Añadió orgulloso que tanto la máquina como la pieza habían sido diseñadas por trabajadores de su empresa y que la vendían en el mercado internacional a más de 50 dólares. Comprendí de un golpe y con mayor profundidad el concepto de *intercambio desigual*, recordando las opiniones del Che acerca de la complicidad de los países socialistas con el capitalismo en la explotación del Tercer mundo. La conocida tesis china de que la verdadera contradicción de la época no era, como decían los soviéticos, entre el Este y el Oeste, sino entre el Norte y el Sur, empezaba a cobrar sentido. Intentar explicarles esto a los alemanes hubiera sido perder el tiempo, pues las estructuras de su pensamiento se caracterizaban por su rigidez.

Poco tiempo después tuve, con el mismo profesor Berger, una experiencia que ahora, al paso del tiempo, tiene una especial significación. Como yo no entendía a derechas el asunto del *sistema de dirección de la economía*, concepto que todavía no se manejaba en Cuba,² comencé diciéndole a Berger que al parecer teníamos algunas limitaciones o errores, que eran la causa de mi incompreensión. Berger, muy indulgente, me dijo que sí, que eran errores, pero que todos los países socialistas los habían cometido, tanto en la política como en la economía, pero que «los errores que se les habían ocurrido a los cubanos no los habían cometido ni

siquiera los chinos que hasta entonces eran los reyes del disparate». Berger aludía, entre otros, al más famoso de todos: la eliminación de la contabilidad, en 1967.

Poco antes: el canto del cisne

Parece una paradoja, pero a finales de los 80, en algunos países del Este se abrieron espacios a la discusión y la crítica, y surgió un nuevo repertorio de temas en las ciencias del comportamiento y en la vida intelectual. La estructura de los ambientes científico-culturales de los países socialistas del centro europeo distaba mucho de ser homogénea. Polonia era un lugar especial, pues siempre tuvo espacios de libertad y análisis, superiores al resto. La cultura polaca es socarrona, aguda e hiriente, como la mayoría de los ciudadanos de ese país que conocí. Miraban por encima del hombro a los de otros países, en especial a los cubanos. Se percibía una tendencia afrancesada muy marcada, y no ocultaban su resentimiento hacia los alemanes y los rusos. Alardeaban, delante de sus condiscípulos de otros países socialistas, de sus viajes a París y sus vacaciones en Grecia. Se sabían reconocidos por algunos de sus artistas plásticos, pero iban a Alemania a las escuelas gráficas a aprender las técnicas del grabado y los carteles —no los contenidos; mis conocidos ironizaban con frecuencia sobre la temática gris de la plástica alemana. En Cuba ya se conocían artistas tan importantes como Mrozek y su clásico libro de cuentos *El elefante*, en el que se burlaba abiertamente de las tonterías del socialismo que construían en su país. Estando en Polonia, mis amigos me sintetizaban las ideas de las obras económicas más recientes de Ernest Mandel —algunos de sus textos fueron publicados en Cuba muy temprano— editadas en Polonia a mediados de los 80, uno de cuyos últimos tomos se consideraba el testamento científico del eminente economista polaco, donde pronosticaba, diez años antes de la debacle, un posible colapso del socialismo a partir de los desequilibrios estructurales del sistema y del insuficiente ritmo de los ciclos de reproducción de sectores económicos básicos. Todavía podían encontrarse sus textos en las vitrinas de las librerías de Varsovia.

El filósofo Adam Shaft —execrado y prohibido en otros países socialistas— ganaba popularidad entre los jóvenes y otros sectores sociales por sus ideas acerca del humanismo marxista, la necesaria prioridad del tema del sentido de la vida, la felicidad humana y la existencia del hombre como proyecto bajo el nuevo sistema, aspectos desconocidos en los textos oficiales. Todavía lo releo, a pesar de los años, porque no pocas de sus ideas siguen siendo actuales. Eran temas que nunca habían aparecido en los manuales calambucos de marxismo-leninismo.

En las conversaciones en Praga con mis antiguos condiscípulos checos de Berlín —especie de alemanes *light*, secos y tradicionales— encontré el resurgimiento de las ideas de Alexander Dubcek acerca de la necesidad de un socialismo con rostro humano. En la Praga de esos años se mantenían abiertas y dolientes las heridas de la invasión soviética del 68. Entre cubanos y checos ese tema era tabú, pues nunca comprendieron por qué Cuba no condenó esa intervención. Berlín era otra cosa. Los temas estaban más cargados hacia la filosofía y los asuntos del pensamiento. En los medios académicos de esa ciudad, a causa del influjo de numerosos artículos de las revistas de ciencias sociales, el asunto de la enajenación en el socialismo ocupaba los primeros planos. En la literatura y el teatro el tema del tedio y el aburrimiento recibían mucha atención. Poco antes de la caída, se editó un libro del ya mencionado Jurgen Kuczynski, uno de los más importantes humanistas de las dos Alemanias, en el siglo xx. Fue como un relámpago en la semioscuridad. Hicieron una tirada escasa y los jóvenes se lo pasaban de mano en mano. Me lo prestaron, con la promesa de leerlo en una noche. El libro se llamaba *Cartas a mis tataranietos*. En una de ellas, el autor recomendaba a sus descendientes: «Si quieres saber en verdad como era nuestra vida, no pierdas el tiempo leyendo *Neues Deutschland* —el periódico del Partido—, busca más bien en algunos cuentos u obras de teatro y allí encontrarás la realidad». Fue una piedra de escándalo. El autor era miembro del Comité Central del Partido y una figura histórica de la intelectualidad alemana de izquierda. Hermano de la famosa espía, autora del best-seller *Sonia reporta*, esta lo trata con frialdad por la forma distante en que la recibió cuando ella cayó en desgracia en la época del estalinismo. Kuczynski estuvo en Cuba a principios de los años 60 y escribió un pequeño ensayo sobre el camino de la agricultura cubana.

De esa visita previa al desplome del sistema, tengo dos recuerdos que considero de máxima significación. El primero se relaciona con una joven socióloga llamada Karin, que había sido la secretaria de la Juventud en la Facultad de Economía en la Universidad Humboldt. Era una de esas personas que apenas se entabla contacto, uno se percata de estar ante una inteligencia superior. Acababa de presentar su solicitud para dejar de ser miembro del Partido y entregar su carné. Me contó su historia. Había sido miembro de una mesa electoral en su distrito durante varios años y participaba en el conteo de los votos. Los comunistas alemanes habían ideado un curioso sistema «pluripartidista». Si mal no recuerdo uno de los partidos era el Democrático y el otro el Cristiano. Era *vox populi* que se trataba de instituciones trucadas, cuya dirección y parte de su membresía estaban formadas por

En esencia, el socialismo europeo mostró una extrema incapacidad para administrar y controlar a largo plazo, racionalmente, los procesos de dirección, tanto a nivel empresarial como estatal.

militantes comunistas de confianza, a los que les asignaba la tarea de infiltrarse en sus filas. No obstante, iban a los comicios con candidatos propios. En las últimas elecciones antes de la debacle, la población asistía a las urnas y en la intimidad de la casilla del colegio electoral emitía un voto de castigo seleccionando estos pseudopartidos para alejarse del Partido Socialista Unido Alemán (PSUA), el cual, por tanto, recibió una menor cantidad de votos. La honesta socióloga recibió una amarga sorpresa cuando, al ver el porcentaje de votantes de cada colegio, publicado pocos días después, el PSUA aparecía como el más votado. Creyó que había sido un error y escribió al periódico una y otra vez para que dijeran la verdad. Siguió escribiendo a otras instancias del Partido y nunca recibió respuesta. Me enseñó la carta en la que presentaba su renuncia, en la que afirmaba «quiero dejar de ser miembro de un Partido que no me permite canalizar mis ideales comunistas de verdad y honestidad». El PSUA se había convertido en una insensible burocracia partidaria, que despreciaba la opinión de sus militantes y que no era capaz de darse cuenta de las desastrosas consecuencias que esa actitud de engaño tendría, a la larga, para los intereses del propio Partido, que comenzó perdiendo la confianza de sus miembros y terminó perdiendo la de toda la población.

La otra experiencia que recuerdo de esa última visita antes de la caída del muro, fue más desoladora, porque provenía de un destacado científico que había sido dirigente del Partido. El profesor George Assman era el jefe del departamento de Sociología de la Universidad. Años antes había asumido el cargo de segundo secretario del Partido en esa institución. Deportista de alto rendimiento, fue miembro del equipo olímpico de boxeo de la RDA. Era el tutor de mi tesis y tenía la costumbre de polemizar con sus propios aspirantes durante el acto de defensa del doctorado delante del tribunal, por lo que su nombre andaba con frecuencia en la lengua de los estudiantes, y no para bien. En Cuba se acababa de producir el juicio a los implicados en las Causas #1 y #2 que tenían por acusados principales a un general de división y al ministro del Interior, respectivamente. La campaña contra nuestro país a nivel internacional, era intensa. Me mostró su preocupación por este hecho, y me pidió detalles. Le expliqué a mi manera, adelantándole la

hipótesis de que se trataba de un déficit transitorio de control del gobierno por parte del Partido. Me dijo que, en su opinión, este hecho era muy grave y me preguntó si pensaba que tendría consecuencias irreversibles para el proceso cubano. Le contesté que en el seno de la población no existían tales preocupaciones y le hice algunos comentarios sobre la poderosa tradición revolucionaria de pensamiento y acción existente en nuestro país, que nos había permitido mantenernos al margen de algunas de las concepciones políticas erróneas de los soviéticos, lo que no había pasado en Alemania. Recordé en ese momento las geniales anticipaciones del Che, varias décadas atrás, acerca de la endeblez ideológica del socialismo europeo y las limitaciones, que también se manifestaban en la URSS, en torno a la organización del Estado; pero no se lo dije porque sabía que, en general, los alemanes con ciertas responsabilidades políticas no aceptaban las ideas del Che. Assman estaba visiblemente apesadumbrado por la situación alemana y no era momento para polémicas. De lo que me dijo acerca de esta situación solo quiero mencionar un aspecto. Según él, la crisis que estaba enfrentando lo que el llamaba «el grupo de Honecker» había sido advertida por diferentes instituciones de investigación económica y social. La crítica situación del desarrollo empresarial, la degradación del clima sociopolítico, el descreimiento de la juventud y el profundo complejo de inferioridad del Estado alemán socialista frente a la Alemania capitalista habían sido sólidamente documentados por no pocas investigaciones que la dirección del Partido conocía. De todo ello se les venía informando hacía tiempo, haciendo evidente el progreso de la crisis; pero, según Assman, «simplemente no hacían caso». La dirección del Partido hacía oídos sordos al clamor de los diferentes sectores de la sociedad. Era el principio del fin. Semanas después de esta conversación, el muro comenzaba a ser demolido, furiosa y alegremente, por los berlineses.

Noté además que el fenómeno del alcoholismo había ganado espacio. Siempre existió como problema, pero ahora el número de personas ebrias en las calles parecía ser mayor. En ese último año antes de la caída, los ataques de la TV occidental se hicieron más sutiles y sistemáticos. Se concentraban en los principales puntos débiles del sistema, uno de los cuales —probablemente

el más sensible— era la restricción de los viajes. Como aquel boxeador que descubre una herida en la ceja del contrario y por tanto dirige sus principales golpes una y otra vez sobre ella, la TV occidental insistía sobre la prohibición de viajar. Entre esos programas, el más incisivo era uno de participación popular, de preguntas y respuestas. Invitaba a personas de los sectores sociales más humildes: carteros, ancianos barrenderos de calles y otras esferas parecidas. Las preguntas del panel eran intencionalmente sencillas y hasta tontas. Así, le preguntaban a una viejita: «Diga el nombre de un dictador alemán que estaba al frente del gobierno durante la Segunda guerra mundial, la cual perdió y después se suicidó». La anciana se quedaba meditando un rato y respondía: Adolfo Hitler. Era felicitada efusivamente por el conductor del programa y, a continuación, anunciaba el premio: «Un viaje a París durante una semana, con un acompañante». A la semana siguiente venía un cartero o un empleado de oficina que esta vez competía por un viaje a Italia y volvían con las mismas tonterías. En esa emisión intercalaban un reportaje de la ganadora de la semana anterior paseando por las calles de París, con la torre Eiffel al fondo. También mostraban escenas de la anciana barriendo un parque de Berlín occidental. El mensaje era tan obvio que daba pena; en occidente hasta la gente más humilde podía ejercer la libertad de viajar, mientras que en el sistema socialista no podían hacerlo los científicos ni los ingenieros destacados. El efecto era demoledor. En esa u otra semana podría circular el rumor —en Berlín— de boca a oreja, de que la secretaria de la oficina del Primer secretario del Partido había pasado las vacaciones en Suiza con su familia. Solo un pequeño grupo de privilegiados podía ver el mundo.

Por otra parte, la TV de la Alemania socialista, al igual que el resto de la prensa, se cuidaba muy bien de ocultar los errores y deficiencias que ya aparecían con mayor frecuencia en la vida cotidiana de los alemanes. Se creaba una situación en la que existían dos realidades paralelas: la que se reflejaba en los medios, difundida con aires triunfalistas, y la dura realidad de la disminución —relativamente leve— del nivel de vida de amplias capas populares. Esta dicotomía entre una realidad virtual que presentaba la prensa y la tele, y otra que reflejaba la cada vez más áspera vida cotidiana, enfurecía a la gente, con el consiguiente descrédito para los medios. La burocracia alemana, insensible y aislada de la vida real, no tenía idea del efecto que hacía sobre la población la existencia de una prensa amordazada y servil, que solo por excepción publicaba algunas cartas de quejas de los ciudadanos y, según algunos de mis conocidos, nunca las relacionadas con las áreas de los superministros.

En ese mismo período Gorbachov inauguraba, sin cautela, la etapa de la *glasnost* (transparencia) en la prensa soviética. La inmadura tendencia socialista de ir a los extremos era la forma en que se manifestaba la ya mencionada incapacidad para interpretar la realidad. La sociedad soviética, después de décadas de una prensa silenciosa y omisa, no estaba preparada para resistir esa nueva situación en que los medios comenzaron a divulgar fuertes dosis de verdad. La torpe clase dirigente estaba muy lejos de saber manejar los complicados mecanismos de las verdades a medias y el encubrimiento casi artístico de la realidad bajo un enorme aluvión de información, como sí había aprendido a hacerlo la zorra clase capitalista. No se había instaurado una cultura para aceptar las diferencias y controlar la diversidad, tecnología que todavía la imberbe sociedad socialista no era capaz de dominar. En esas condiciones fue un grave error de la dirección soviética abrir la válvula, y dejar que los medios se sirvieran *ad libitum* de la contradictoria y desgarradora realidad que iba surgiendo en la sociedad soviética a partir de la perestroika gorbacheana.

Todo este proceso, inmaduro y fuera de control, desatado por los soviéticos, tuvo impactos muy negativos en las sociedades de los países del Este europeo. No fueron capaces de diseñar una transición dentro de la transición, en mi opinión a causa, entre otras, del desconocimiento de las técnicas aplicadas de la sociología política para gobernar los procesos de cambio. Con concepciones rudimentarias y simplistas, ajenas a las ciencias del comportamiento, era muy difícil garantizar la gobernabilidad y el equilibrio de los macroprocesos, que inicialmente pretendían acceder a una fase superior de desarrollo de la sociedad socialista. Ese fue el precio que tuvieron que pagar por desconocer y subdesarrollar las ciencias sociales, en especial la sociología y la psicología social, ciencias en las que no creían por considerarlas burguesas. En no pocos países socialistas se hizo una práctica, en verdad lamentable, en que primero los grupos de poder elaboraban las políticas y después les pedían a los científicos que las «fundamentaran». Era una forma humillante e irrespetuosa de utilizar la ciencia. Los efectos ocasionados por esta política del Partido soviético pudieran definirse como una exportación masiva del diversionismo ideológico, que lejos de esclarecer los caminos de salida de la crisis del socialismo europeo, los oscurecieron. Este fue precisamente el punto de partida de la etapa más profunda de la conversación con Jurgen Kuczynski.³ En ese momento de la entrevista, comenzó haciendo una crítica a Gorbachov, al que, según su criterio, el proceso se le había ido de las manos. El dirigente soviético lo había desatado sin haber preparado antes a los cuadros del

Estado y el Partido. El esquema adecuado era concientizar y modelar primero el proceso en la mente de estos y después soltar las riendas poco a poco; no de manera súbita y desmedida como estaba sucediendo. Una vez desatado el ciclo de cambios ya no era posible preparar a los cuadros, pues estos serían arrastrados por la vorágine de transformaciones, sin saber a ciencia cierta qué hacer ni cómo controlarlas, por carecer de una base conceptual previamente establecida. En realidad, eso fue lo que sucedió: los pronósticos de este sabio fueron confirmados por la realidad. El pensador alemán sostenía que ningún sistema social podía desarrollarse ni implantarse en gran escala con un solo proceso revolucionario, que eran necesarios más de uno. Mencionaba el ejemplo del capitalismo, sobre todo el francés que, en su opinión, tenía un carácter paradigmático, y se impuso a través de tres revoluciones políticas dentro del sistema: la de 1789, la del 1848 —tan magistralmente analizada por Marx— y la de 1871, la Comuna de París. El socialismo no había sido capaz de enfrentar racionalmente este asunto, pues sus dirigentes creían que con un solo proceso bastaba. En su criterio, este aspecto solo podía comprenderse a cabalidad mediante una perspectiva de largo alcance, según el enfoque de los grandes ciclos históricos, y se encontraba, por tanto, más allá de los límites cognitivos de los métodos orientados al corto plazo. Solo así era posible comprender la amplitud del drama del socialismo europeo, a través de binoculares de larga vista. En opinión de Kuczynski, el primer dirigente socialista que se había dado cuenta de este asunto había sido Nikita Jruschov quien, en los años 60, había intentado comenzar un proceso profundo de cambios, buscando elevar la vitalidad y la capacidad de oxigenación del organismo social. La médula del proceso se concentraba en la democratización del sistema y la creación de espacios de libre discusión para los revolucionarios comprometidos a fondo con el proyecto socialista. Pero la ya omnipotente e ignorante burocracia soviética se lo impidió y se deshizo de él. Logró aplazar el cambio solo tres décadas después, hasta que la caldera explotó y perdieron el control de la sociedad. Ahora, transcurridos más de quince años, se aprecian evidencias de una recuperación de un sistema que no tiene todavía muy claro a dónde va.

Me despedí de Kuczynski ya muy entrada la mañana, de su casa biblioteca —tres pisos de estantes repletos de libros en diferentes idiomas. Se mostró interesado por la posible edición de su texto en Cuba. Seguramente murió sin saber que no había sido posible hacerlo; nuestro país penetraba en uno de los períodos más duros de su historia, el cual pudo superar gracias al coraje y el talento de su pueblo, dirigentes incluidos. No había tiempo para libros. Es una lástima que los

cubanos no hubieran podido conocer las agudísimas y reflexivas cartas a sus descendientes acerca de la naturaleza compleja y contradictoria de la sociedad que pretendemos construir.

Las causas del evidente deterioro de la sociedad alemana eran objeto de análisis y discusiones en tertulias privadas y semipúblicas, pero no en los órganos dirigentes del Estado. Tuve la impresión de que la dirección del país había adoptado hacia los medios académicos una curiosa política: «Digan ustedes lo que quieran, que nosotros seguiremos haciendo lo que nos dé la gana». A mi parecer, una de las hipótesis más creíbles y elaboradas era la que sostenía que el inicio del proceso de decadencia económica y social del país estaba relacionado con la implantación por la fuerza del modelo soviético de planificación centralizada, que por su propia naturaleza impedía tomar en cuenta las particularidades de la RDA, que estaba asentada en la parte económicamente más atrasada de Alemania, con fuerte predominio agrícola. La zona occidental, ocupada por el ejército norteamericano, era la que poseía el mayor potencial industrial y tecnológico, reforzado por el incondicional apoyo financiero de los Estados Unidos, único participante en la Segunda guerra mundial cuya economía había salido fortalecida.

Según este enfoque, la imposición de un modelo estandarizado importado, fue socavando gradualmente la racionalidad de los procesos económicos que Alemania había experimentado en los años 70, con una política económica más ajustada a sus condiciones. Se sabe que los soviéticos, a través del CAME, pretendieron exportar sus concepciones económicas y políticas a todo el conjunto de países socialistas. Pienso que fue Cuba una de las que más resistencia hizo a este proceso de penetración y dominación de ideología socioeconómica, sin que lograra evitarlo del todo. Fue aquí donde, años atrás, por orientación de la alta dirección del país se habían estado publicando obras —por Ediciones Revolucionarias— que reflejaban diferentes corrientes del pensamiento de izquierda que ofrecían otras alternativas al pensamiento soviético de esa época (Althusser, Sartre, Preobachenski, etc.). Estos intentos de globalizar su ideología e imponerlas, en su zona geográfica de influencia, a los países pequeños, son, al parecer, tradiciones de larga data de los países grandes.

Después: buscando en las cenizas

Mi primera visita a Alemania después de la caída se produjo casi a mediados de la década de los 90. Aún el polvillo espiritual del derrumbe del muro flotaba en el ambiente. Mis amigos se reunieron en la casa de uno

de ellos para nuestro primer encuentro. Como sucede en los encuentros de viejos conocidos, cada uno narró cómo le había ido en estos años, y lo que estaba haciendo. Karin, la sagaz socióloga, había creado con mucho éxito una pequeña empresa cuyo objetivo, según sus palabras, era vender información para que la gente «aprendiera a vivir en el capitalismo». Se había estudiado con cuidado la legislación de la Alemania occidental en sus leyes fundamentales, alquileres, propiedad, pensiones, y asesoraba a sus clientes en cómo adaptarse a ellas. Wolfgang, su esposo, era economista y había trabajado en una empresa del sector de la cultura. El gobierno alemán financió un sistema de capacitación para los especialistas de esa esfera en el que se hizo énfasis en los cursos sobre marketing. También tuvo sus iniciativas y ahora era copropietario de dos restaurantes y un pequeño hotel en la zona costera del norte alemán, cerca de la ciudad de Rostock donde pasaba sus vacaciones el Nobel de literatura germano Gunther Grass.

Wolfgang fue el primero que me dio la versión de que el socialismo en Alemania lo habían tumbado los obreros, por falta de perspectiva política. Según su opinión, las clases populares alemanas se habían resentido de la exasperante evolución del mercado paralelo en divisas. Los precios estaban lejos de corresponder con el salario medio. Les pagaban en una moneda y tenían que comprar algunos productos básicos con otra. Este proceso se colocó al margen del control del gobierno y alcanzó ciertas desproporciones que ocasionaron un severo malestar en la población. Los trabajadores comenzaron a realizar protestas y conatos de huelga reclamando el salario en moneda dura. Terminó diciéndome: «Ahora los obreros tienen que levantarse a las cinco de la mañana y yo, que quería mantenerme en el socialismo, tengo tres propiedades y dos automóviles. Aquí el capitalismo respeta más el conocimiento y lo sabe utilizar mejor». En esos días encontré varios artículos en la prensa referidos a la nula productividad en las empresas ex socialistas que, según los autores, era ocasionada por la falta de hábitos de la fuerza de trabajo, no estaban acostumbrados a las jornadas rigurosas de ocho horas y que, con cierta frecuencia, algunos obreros se desmayaban pues no podían soportar ese nivel de exigencias. En el sistema socialista el régimen de trabajo era más suave y era común que los obreros abandonaran sus puestos sin que ello tuviera mayores consecuencias. Cuando le pregunté si todos estos problemas no se habían analizado en los congresos del Partido y la Cámara de diputados, me respondió que el acceso a esas funciones estaba manipulado y que solo participaban los que coincidían con los criterios del grupo dominante, que aplicaban un severo mecanismo de filtraje para que no

se manifestaran voces discrepantes. En esas condiciones no se podían ver las verdades, ni escuchar informaciones desagradables por parte de los dirigentes. La burocracia alemana cerraba así el ciclo de triple escalón: elecciones trucadas, sistema de partidos trucados y congresos del Partido trucados. No se percataron de que, de esta manera, estaban cavando su propia tumba, permitiendo que entrara más vapor a la caldera, en un país rodeado por gobiernos capitalistas, en manos de élites astutas, bien preparadas, y en un momento en que se había iniciado un proceso acelerado de descomposición en la Unión Soviética. Lo que resulta sorprendente es que con tales métodos primitivos hubieran durado tantos años.

Ese fue el período en que la conocida revista *Stern* publicó un reportaje en el que se denunciaba a la famosa escritora Krista Wolf —autora de la novela *Cielo dividido*, que sirvió de base a una película de renombre con el mismo título— por haber hecho informes a la Policía política (STASSI) en contra de algunos compañeros suyos de la Unión de Escritores. Se desató una campaña sobre su imagen ética, que alcanzó a la excelente novelista, que se encontraba ofreciendo algunas conferencias en una universidad de California. Fue desprestigiada. Es preciso reconocer el derecho del Estado a mantener fuentes de información que apoyen su estabilidad y seguridad, pero otra cosa muy distinta es estimular la delación de los mismos compañeros de trabajo, a espaldas de estos, a veces por simples discrepancias de criterio y fabricar casos de manera artificial.

Los alemanes fueron, quizás, el país socialista que sufrió un mayor impacto con el hecho de que los archivos de su Policía política cayeran, en su totalidad, en manos de sus enemigos. El nuevo Ministerio del Interior ofrecía el servicio —creo que gratuito— de entregar sus expedientes personales a todo el que los solicitara, para ver lo que habían escrito en contra de ellos. Convirtieron en piedra de escándalo una tarea normal, que cada país realizaba a su manera en un mundo tenso a causa de la confrontación de la Guerra fría. Lo hacían principalmente para desacreditar el antiguo sistema. No pude ver a muchos de mis amigos. Algunos de los profesores habían muerto, otros se habían ido a vivir a occidente con sus familiares. No creo que a todos les haya ido tan bien como a Karin y Wolfgang, que fueron para mí las personas más cercanas. Ambos estuvieron en Cuba —especialmente Wolfgang, que nos visitó en varias ocasiones, preocupado por nuestra situación en los años duros del Período especial. En cada uno de sus viajes trajo a uno de sus hijos, y mantuvieron siempre sus respetos hacia las ideas socialistas y hablaban, no

sin cierta nostalgia, del sistema bonachón e ingenuo en que se formaron como personas honestas, y con un sentido humanista de la vida.

Final

A principios de los 90, el conocido analista sociopolítico Alvin Toffler publicó su libro *El cambio de poder*. Además de un diagnóstico de la época, el autor hizo un intento de autopsia del socialismo europeo recién fallecido. En uno de sus capítulos, «El choque del socialismo con el futuro», sostiene que entre las causas esenciales del desplome había dos que tenían un peso especial: la incompreensión de la dirección para entenderse con la intelectualidad (censuras, política editorial manipulada, persecuciones sutiles muy creativas); y lo que podemos considerar el talón de Aquiles del sistema, la dirección y control de los procesos agrícolas. Prácticamente, en ningún país socialista la agricultura funcionó satisfactoriamente (quizás el caso de Bulgaria sea capítulo aparte). Según él, la nueva sociedad chocó con dos sectores sociales claves: los que poseían el conocimiento y los que trabajaban la tierra; el mundo de la ideas y el de la alimentación. Es posible que tenga parte de razón, pero mi experiencia va en otra dirección. El verdadero choque del socialismo es con la Administración y con el conjunto de técnicas que le son afines. Lo cierto es que esta nueva sociedad tiene serias dificultades para hacer funcionar bien las organizaciones. En esencia, el socialismo europeo mostró una extrema incapacidad para administrar y controlar a largo plazo, racionalmente, los procesos de dirección, tanto a nivel empresarial como estatal.

Durante un tiempo, en la década de los 70 y principios de los 80, los alemanes avanzaron con cierta independencia en esta esfera, sin que nunca se llegaran a priorizar el estudio y aplicación de la ciencia. En el año 1978, se llegó a editar el primer Manual de ciencia de dirección, por científicos del país. Allí se defendían conceptos completamente distintos a las versiones oficiales soviéticas. Estos sostenían la prioridad de los métodos de influencia de tipo económico para orientar el comportamiento de la gente en el trabajo y la sociedad. Los alemanes, en cambio, se orientaban a la prioridad de los métodos psicosociológicos, en la medida en que estaban más en consonancia con la filosofía del sistema y con el mundo interior de los ciudadanos que se pretendía formar. Estos métodos constituían auxiliares muy eficaces en el trabajo político de calidad. Una de mis visitas, realizada diez años después de la primera edición de este libro, coincidió con la segunda. Suponía que después de tanto tiempo

habría nuevos desarrollos. Para mi sorpresa, encontré que era el mismo texto, con puntos y comas; era solo una reimpresión. No había nada nuevo, lo que indicaba que la ciencia estaba paralizada por inexistencia de investigaciones. Esta falta de actualización se trasladaba a los programas de las escuelas en las que estudiaban los dirigentes. La subestimación a la actividad de administración y la debida preparación para ella parece una regularidad en el socialismo. Sé que hay muchos profesionales que opinan que la ciencia administrativa es aburrida, y cosa de burócratas. Pero lo cierto es que ella y su correcta aplicación determinan la calidad de las decisiones del Estado y de las demás instituciones que lo forman. Algunos expertos la han definido como el arte de organizar el talento. Las malas decisiones, en cualquiera de los niveles, generan fuertes dosis de frustración e infelicidad entre la gente que las sufren. Su impacto en el nivel de credibilidad de los que dirigen la sociedad es directo. Hay quienes piensan que esto se debe a la incapacidad de las empresas estatales para realizar una buena gestión. Existen empresas públicas eficientes, solo que la mayoría se encuentra en países desarrollados —Suecia, Holanda, Finlandia, Francia, etc.— y hay personas, tanto de izquierda como de derecha, que no quieren, por distintas razones, hablar del asunto. También existen empresas privadas que fracasan y las pruebas de ello se encuentran a montones. El asunto no es el tipo de propiedad, privada o pública, sino si los que las dirigen saben o no saben lo que están haciendo. La cuestión básica reside en que las técnicas administrativas son el soporte de los mecanismos económicos que permiten hacer funcionar la sociedad, y sobre su naturaleza y forma de operar todavía el socialismo sabe muy poco. La falta de habilidades para el diseño de los procedimientos capaces de garantizar el logro de los objetivos se paga muy caro: mucho tiempo y energía concentrado en la Economía política y muy poco en la Política económica. El capitalismo ha tenido una oportunidad para organizar la sociedad humana que ha durado setecientos años y nos ha dejado este desastre que hoy contemplamos. Carece de autoridad para estar evaluando y criticando un sistema que recién comienza. El proceso de esclarecimiento conceptual que le permitió al capitalismo entenderse a sí mismo se inició unos trescientos años después de su surgimiento.⁴ Todo este proceso de creación intelectual le permitió construir su autoimagen como sistema, lo que le consumió unos 600 años de duro trabajo intelectual. El socialismo tiene todavía como tarea pendiente reconstruir, sobre nuevas bases, el concepto de lo humano —agudamente planteado por el Che en su trabajo «El socialismo y el hombre en Cuba»— y despejar muchas incógnitas acerca de cómo construir la fisonomía espiritual de un hombre, si no nuevo, al

menos distinto, para ser mejor y mantenerse así en la mejor tradición de la patrística de San Agustín, que al parecer fue el primero que planteó la dialéctica, un tanto agónica, del hombre viejo y el nuevo que todos llevamos dentro. Lo que estoy tratando de explicar es que el socialismo apenas llega a la edad de la razón, mientras que el capitalismo muestra síntomas de irla dejando atrás. El socialismo aparece entonces —parodiando a un clásico— como una enfermedad infantil de un sistema social superior que apenas se vislumbra. La disyuntiva de los próximos años se manifiesta en un antagonismo entre una sociedad agotada, que no puede enfrentar con éxito la solución de los problemas estratégicos de su desarrollo a escala global, y otra inmadura e inexperta que puede, pero que todavía no sabe cómo hacerlo, y que necesita tiempo para aprender. Es una época de parto y sufriremos sus dolores. De ahí que el asunto de la velocidad y pertinencia de los procesos de asimilación y gestión del conocimiento le sean vitales para sobrevivir.

Al final, me viene a la memoria el texto de Jean Paul Sartre, escrito después de su primer viaje a la Unión Soviética, en 1936, en cuyo último capítulo sintetizaba sus experiencias después de su contacto con la realidad socialista: «Es una criatura recién nacida, apenas balbucea, pero vivirá».

Notas

1. Jurgen Kuczynski, *Breve historia de la economía*, Editorial Platina, Buenos Aires, 1975.
2. No fue hasta 1975, en el primer Congreso del Partido, cuando se introdujo el concepto. Véase *Documentos del Primer Congreso del PCC. Resolución económica*, Editora Política, La Habana, 1976.
3. En 1988, la Editorial de Ciencias Sociales mandó a traducir su libro *Cartas a mis tataranietos*, y lo incluyó en el plan del año. Con el encargo de escribir el Prólogo, al año siguiente regresé a Berlín y le realicé una entrevista al autor.
4. A partir de esa experiencia histórica trabajaron pensadores como John Locke (*Cartas sobre la tolerancia* y su teoría sobre la distribución de poderes, después perfeccionada por Montesquieu). Véase *English Philosopher of the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, P. F. Collier, Nueva York, 1938; *French and English Philosopher: Descartes, Rousseau, Voltaire, Hobbes*, P. F. Collier, Nueva York, 1938; B. Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1958.